

# ¡Mueran los salvajes secundarios!

## El debate historia oficial-revisionismo en los textos de la escuela media

PROF. GONZALO DE AMÉZOLA

PROF. ANA MARÍA BARLETTA

U.N.L.P.

El propósito de este trabajo es explorar las relaciones entre el revisionismo y la educación formal, ámbito del cual los representantes de la mencionada corriente se consideraban excluidos. Nuestra búsqueda estará circunscripta a la enseñanza secundaria y se centrará en el tratamiento que reciben en los manuales la figura y las políticas de Juan Manuel de Rosas, cuya reivindicación ha sido el tema primordial de los revisionistas.

Si el revisionismo, como esquema interpretativo del pasado argentino, se había convertido hacia los años 70 en el "sentido común histórico" (al decir de Tulio Halperín Donghi), podemos plantearnos si el ámbito escolar ha sido una de las vías de penetración de esta perspectiva en la conciencia histórica. A priori, la autopercepción revisionista acerca de su exclusión de la historia institucionalizada hacía suponer que la escuela no había cumplido ningún papel en tal sentido. Esta convicción de estar marginados fue continuamente abonada por representantes de ambos bandos. Vicente Sierra en 1973, declara a la *Revista Crisis*: "Es así como se eliminan veinte años de acción rosista de la historia argentina, como si de la historia se pudieran arrancar páginas porque no nos gustan. Lógicamente esa historia se difunde a través de textos que el alumno debe aprender de memoria, repetir como loro y honrar como estúpido... Lo que en la escuela argentina se enseña no es Historia; apenas si es un no siempre atractivo anecdotario ... y muchas veces falso". Fermín Chávez, por su parte, declaraba que "...a ochenta años del reinado de Grosso oficialmente no ha pasado nada...". Por otra parte, mientras Jauretche insistía con sus conocidas ideas sobre la "política de la Historia", desde la orilla opuesta Enrique de Gandía afirmaba: "Los manuales existentes, las obras superiores no son improvisados. Representan la sabiduría, los esfuerzos, de muchas generaciones de estudiosos. Saben lo que dicen y lo dicen con fundamentos y con justicia ... Conozco los manuales de historia primaria, secundaria y superior - escuelas, colegios y universidades- de todas las naciones de América y puedo asegurar que los manuales argentinos son los más eruditos y mejor escritos... En las absurdas pretensiones de los reformadores se encuentra el elogio del rosismo. Quienes alaban a Rosas lo hacen por ignorancia o perversidad. No saben que Rosas..."<sup>1</sup>.

Aún en trabajos recientes se descarta que el ámbito escolar haya sido sensible a la controversia historiográfica entre el liberalismo y el nacionalismo<sup>2</sup>. No obstante, este acuerdo sobre la existencia de una exclusión oscurece el hecho de que revisionistas y nacionalistas estaban más vinculados al establishment que lo que ellos mismos se disponían a admitir y, por lo tanto, puede suponerse que la la controversia acerca de la figura de Rosas no podía quedar del todo afuera de los contenidos de la enseñanza secundaria.

Con el fin de verificar el grado de exclusión aludido, es que hemos analizado diecinueve manuales, para determinar si el revisionismo logra en ellos alguna presencia.

Las obras a las que nos referiremos incluyen a las editoriales y a los autores predominantes en el mercado, los "clásicos", algunos autores "marginales" y a los libros más recientemente aparecidos. Todos ellos, más allá de su dispar suerte en el mercado y la diversidad en las fechas de sus primeras ediciones, están en uso. Esto se explica por las modificaciones sólo formales que sufrieron los programas de estudio desde 1910 y la eliminación de toda obligatoriedad en el uso de un título determinado, dispuesta en las postrimerías del Proceso por el entonces Ministro de Educación Cayetano Licciardo. Con excepción de aquellos cuya primera edición es de 1990-91, los textos considerados pertenecen a las bibliotecas del Liceo "Victor Mercante" de la Universidad Nacional de La Plata y de la E.N.E.T. N°4 "Juan Bautista Alberdi" de La Plata, siendo usualmente consultados por los alumnos.

Esta alusión a la continuidad de los contenidos de los programas de Historia y su relación con los manuales está referida a la idea de curriculum real, es decir a la necesidad de considerar conjuntamente "al curriculum prescripto, la propuesta editorial y la cultura pedagógica de los docentes"<sup>3</sup>. El papel clave que juegan los manuales en esta estructura ha sido bien definida por Bourdieu: "Las recopilaciones de textos escogidos y los manuales son el tipo de obras subordinadas a la función de valorar y ordenar, que incumbe a la Escuela. Como tienen que preparar a sus alumnos para responder a los problemas de la Escuela, los profesores se ven obligados a organizar de antemano sus propósitos según la organización que sus alumnos deberán encontrar para responder a estos problemas. Es en los manuales donde se encuentran discursos organizados en función de los temas sobre los que hay que disertar."<sup>4</sup>

Para rastrear las claves revisionistas en el tema "Rosas" nos centraremos en los tres logros decisivos que los historiadores de esta corriente le reconocen al período rosista:

- La decidida defensa del honor y la integridad nacional frente a las pretensiones expansionistas de las potencias extranjeras (Inglaterra y Francia, especialmente).
- La concreción de una política independiente de los intereses extranjeros y capaz de generar un desarrollo industrial.

- La restauración del orden a partir de la concreción de un sistema político en el que se conjugaron armónicamente el consenso popular y la autoridad del gobierno<sup>5</sup>.

### *Defensa de la Soberanía. Liniers-Rosas-Galtieri*

Desde la creación del Instituto de Investigaciones Históricas "Juan Manuel de Rosas" en 1938, una preocupación fundamental de sus integrantes - además de la de promover investigaciones sobre la época del Restaurador y la de reivindicar su figura- fue la de traducir su revisión de la historia en una reconstrucción de la tradición nacional. Con el fin de producir otra imagen del pasado en la memoria colectiva, se concentraron en la impugnación de los acontecimientos "antinacionales" exaltados por la "historia falsificada" y en la revalorización de aquellos aniversarios considerados relevantes para la reconstrucción de lo nacional.

Impulsarán, entonces, la consagración de nuevos hitos históricos: el aniversario del fusilamiento de Dorrego; el de la fundación del primer saladero, Las Higueritas, empresa en la que intervino Rosas; el de la defensa de la isla de Martín García frente a la invasión francesa, y el de la batalla de la Vuelta de Obligado<sup>6</sup>. En este último punto tuvieron un especial éxito, en cuanto a que los poderes públicos apoyaron sus iniciativas de conmemoración y homenaje desde la erección de un monumento en la zona de San Pedro en 1934 y el tratamiento del combate como un punto específico del programa de estudios en 1949, hasta el establecimiento del 20 de noviembre como *Día de la Soberanía Nacional* por ley de la Nación en 1974. Este apoyo oficial a la consagración de Rosas como campeón de la soberanía facilitó la presencia de argumentos revisionistas en los manuales escolares: "Aún cuando pueda discreparse sobre el autoritario gobierno de Rosas respecto de su política interna, no se puede dejar de reconocer la valiente defensa que hizo para dejar a salvo la soberanía nacional, agredida por las mayores potencias de entonces. Por el contrario, fue deplorable la actitud de sus opositores, que si bien tenían pleno derecho para no compartir sus ideas y combatirlo, eligieron el equivocado camino de aliarse con los extranjeros en la agresión al país, prestándose con ello al juego colonialista de esas potencias".

"Avala esta consideración, la actitud del Padre de la Patria, el General San Martín ..." que condenó la agresión extranjera y legó su sable a Rosas al fallecer en 1850. (Drago, p. 80).

En términos prácticamente idénticos, Fernández Arlaud argumenta desde posiciones revisionistas. (*Historia 3*, pp. 37 y 88-89). Desde una postura más extrema - y hasta caricaturesca- Ocón se refiere a la "heroica conducta de política internacional de la Confederación Argentina bajo la conducción de Juan Manuel

de Rosas..." y luego de describir las ventajosas consecuencias de esta gesta, la califica con entusiasmo: "Saludo al pabellón argentino. Días gloriosos para la Confederación. Para los argentinos de verdad. Para el Primer Magistrado"; pero a la vez advierte que "...la confabulación sigue acechando". (Pp. 397 y 414).

La "historia oficial" está representada por la opinión de Astolfi: "La larga y enojosa incidencia diplomática fue explotada por Rosas para exaltar nuestro sentimiento nacionalista, siempre alerta, y erigirse en campeón de nuestra soberanía exterior. De esa manera pretendía desprestigiar a sus adversarios y distraer la opinión pública sobre los abusos del sistema discrecional de mando que ejercía... Luego, en su testamento, San Martín legó a Rosas el famoso sable corvo que usara en sus campañas libertadoras. La actitud del Libertador, mal informado a la distancia de la afligente situación de su patria, ha sido utilizada por el rosismo como un argumento favorable a la dictadura. En realidad, sólo prueba la astucia con que Rosas sabía manejar los resortes de la intriga, sorprendiendo la fe del anciano prócer" (Pp. 344-45).

Esta posición repite puntualmente los argumentos con los que Antonio Dellepiane -miembro de la Junta de Historia y Numismática Americana- discutía, en los años treinta, contra el naciente revisionismo<sup>7</sup>. A pesar de ser innegable la influencia de Astolfi en la escuela media, no muchos autores de manuales posteriores lo acompañan. De ellos, Miretzky, Bustinza -en su libro de 1971- y Etchart-Douzón parecen los más cercanos por su desconfianza acerca de la autenticidad de la acción de Rosas en defensa de lo nacional.

Tomando como ejemplo el texto de Miretzky, no hace referencia alguna a Rosas como paladín de la soberanía y la negativa a abrir la navegación de los ríos se analiza en relación al enfrentamiento con el Litoral y los intereses porteños. Por otra parte, si hay algún mérito en el combate de la Vuelta de Obligado, pertenece a Mansilla y el levantamiento del bloqueo es el resultado del reclamo de los comerciantes británicos residentes en Buenos Aires. (Miretzky, Mur, Ribas y Royo. Pp. 287-90).

Estas afirmaciones son rematadas con un juicio que no sólo no le reconoce a Rosas otra virtud que la habilidad de aprovechar el "*serio error político de sus enemigos*", sino que además aclara que no defiende intereses nacionales.

Incluso en el nuevo libro que publica en 1982, a ocho años de figurar el *Día de la Soberanía* en el calendario escolar, tal opinión no es atenuada.

Esta beligerancia no tiene otros representantes. La tónica general es de aprobación y reconocimiento, como corresponde al creciente apoyo oficial, que exalta en la educación todo rasgo que pueda ser tenido por nacionalista. Ibáñez, por ejemplo, dice: "Rosas defendió con gran tenacidad la soberanía argentina contra el ataque de las potencias extranjeras (Francia e Inglaterra) las cuales debieron firmar tratados que contemplaron las exigencias de nuestro país" (*Historia argentina*, p.354).

Más adelante comenta la actitud de San Martín censurando la acción de dichas potencias y reproduce la cláusula testamentaria del sable que elogia la firmeza de Rosas contra sus injustas pretensiones.

Por su parte, Lladó expresa: "Las cuestiones internacionales fueron manejadas con decisión y eficacia y en todas ellas la soberanía nacional fue defendida decorosamente" (p. 50).

En los manuales de reciente edición, es llamativa la postura del publicado por la Editorial Santillana. En él, los autores se desentienden prácticamente de la mitología sobre el tema, mencionando escuetamente al combate de la *Vuelta de Obligado* en una cronología del período y con un trabajo práctico de formulación de hipótesis en torno a la intervención anglo-francesa de 1845.

Bustinza y Grieco y Bavio, además de repetir casi exactamente el texto de Lladó que publicara la misma editorial, incluyen títulos sugestivos como "*La usurpación de las Malvinas: la fuerza domina al derecho*"; "*Nuestra soberanía jaqueada: las amenazas externas*"; "*Proclama de 1845: Ante el intento de la escuadra anglo-francesa de forzar el paso del río*" (trabajo práctico); "*Las potencias bloqueadoras no pudieron doblegar la posición de Rosas*" (trabajo práctico); "*Conclusión: se impuso la tesis de Rosas*". En este último punto, los autores (aún desconfiando de los verdaderos propósitos nacionales de Rosas) afirman enfáticamente: "Los términos de los tratados firmados por Inglaterra y Francia pueden ser considerados como un *triunfo de la Confederación Argentina*. Las potencias europeas actuaron contra todo derecho *sin poder doblegar la posición adoptada por el gobierno porteño*. La actitud asumida por Rosas en defensa de la soberanía argentina fue *legítima*... De haberse aceptado las pretensiones extranjeras, se corría el riesgo de desintegrar una parte importante del país" (p. 17). (La cursiva es de nosotros).

En conclusión, el reconocimiento de la defensa de la soberanía es predominante. En el ámbito de una educación patrioter, este argumento básico en la defensa de Rosas es el más rápidamente aceptado. Se tiende a crear una línea histórica de resistencia al invasor en la que se igualan acontecimientos de diversa época y naturaleza. Por esta razón todos aceptan la acción de Rosas en este sentido. Algunos (Drago, Fernández Arlaud, Ocón) desde posiciones explícitamente revisionistas; otros que no lo son (Ortega, Lladó, Arriola, Ibáñez), aceptan tanto el argumento de la firmeza ante los extranjeros como la justificación de Rosas por San Martín, y los otros (Miretzky, Etchart-Douzon), pelean contra el sentimiento predominante. Bustinza, por último, tira por la borda en los 90 su desconfianza de los 70 y puede ser incorporado al segundo grupo.

La soberanía como valor eterno y la existencia de un espíritu de la Nación -más allá de los avatares de espacio, tiempo y coyuntura- sobrevuela, como un fantasma, sobre la escritura de autores de naturaleza diferente: "De esta manera, el Combate de Obligado en sí, con total prescindencia de banderías internas

*ocasionales, de entonces o de hoy, en un país de siempre, fue una demostración clara de sentimiento nacional e idea de propio valer frente a las dos naciones más poderosas de entonces. Se vio así -como en 1806 y 1807- que no sólo deben computarse cosas materiales en los actos de los hombres y los pueblos". (Ortega, p. 314).*

*"El 3 de enero (de 1833) los ingleses tomaron posesión de Puerto Soledad: la usurpación quedaba consumada... El 2 de abril de 1982, la República Argentina a través de un operativo militar, intentó restituir las islas a la soberanía nacional cumpliendo así con un unánime anhelo del pueblo argentino". (Lladó, p. 35). (Todas las cursivas son nuestras).*

Evidentemente, cualquier amenaza a la soberanía es analizada con idénticos mecanismos interpretativos. Es así como queda establecida la curiosa línea histórica Liniers - Rosas - Galtieri.

### ***Política económica.***

#### ***Proteccionismo y encaje antiguo***

Uno de los temas fundamentales del revisionismo fue su aguda crítica a la política económica liberal. Desde su óptica, ésta no había tenido otro resultado que atar a la Argentina al Imperio Británico como productor de bienes primarios, en vez de promover una política proteccionista que posibilitara el desarrollo armónico de una industria nacional. El punto más fuertemente debatido en esta tónica fue la Ley de Aduanas de Rosas, que resultaba para ellos un serio intento de promoción industrial, mientras que los historiadores no enrolados en el revisionismo negaban o relativizaban la importancia de la medida.

Todas estas posiciones están reflejadas en los libros de texto analizados. Ni Astolfi ni Ibáñez mencionan a la Ley de Aduanas. Este problema central en el juicio sobre la política económica rosista, merece una aceptación parcial en los manuales de Miretzky. A pesar de su posición crítica sobre el centralismo de Rosas, reconoce que esta ley "constituyó un intento de proteccionismo económico a ciertos industriales locales", elogio compensado con la mención de las cesantías en masa, el rebajamiento de los sueldos, la reducción del presupuesto de la universidad y de la Inspección de Escuelas. (Pp. 283 - 84).

En el libro de Lladó (que repite casi textualmente el de Bustinza de 1971), se caracteriza a la ley desde el título del apartado: "La ley de Aduanas: un valioso aporte para el desarrollo del país". No obstante se advierte que aún cuando "las ciudades interiores recibieron esta ley con verdadero beneplácito", "Buenos Aires seguía siendo el único puerto habilitado para el comercio de ultramar, con lo cual seguía digitando la política económica, de tal modo que las

necesidades regionales debían ajustarse a los dictados de la ciudad-puerto." (Pp. 39-40).

Los argumentos de Lladó y Bustinza son los de Enrique M. Barba. Para este historiador, la ley "significaba la protección de los productos e industrias de todas las provincias, aunque no libraba a éstas de la tutela porteña. En efecto,... el sistema comercial seguía siendo el mismo. Sólo el puerto de Buenos Aires era el habilitado para el comercio de ultramar, con lo que se obligaba a las provincias a sujetarse a la marcha económica de Buenos Aires. Prohibida la introducción de ciertos artículos en Buenos Aires, se prohibía su introducción en todo el país. En una palabra, la economía nacional y la iniciativa privada debían ajustarse, prácticamente, a los dictados de Buenos Aires."<sup>8</sup>

Esta relativización es descartada por Ortega, quien, discutiendo implícitamente con Barba, contrapone a su crítica del autoritarismo político el elogio a las medidas de orden económico. Dedicar un subtítulo a la ley de Aduanas y concluir: "Esta fue una medida proteccionista reclamada durante décadas por las provincias; hay autores que la elogian excesivamente, mientras otros tratan de restarle valor aduciendo que la misma existencia del puerto de Buenos Aires, prácticamente único, sujetaba a las provincias en sus prohibiciones y permisiones. Nosotros entendemos que hubo ya proteccionismo, bastante deseado y adecuado, lo cual fue nuevo hasta entonces." (p. 300).

Nuevamente, como en el caso de la defensa de la soberanía, para Ortega se trata de valorar en sí mismo al fenómeno.

Dentro del bando de los autores que podemos denominar como revisionistas, es Drago quien (más que el moderado Fernández Arlaud o el ultramontano Ocón) se destaca en la defensa de la "política nacionalista" de Rosas: "Durante toda su gestión, Rosas basó su política de gobierno en los principios de NACIONALISMO, haciendo prevalecer los intereses argentinos sobre los de grupos privados o extranjeros... La Ley de Aduanas de 1835, al gravar con mayores impuestos a los productos extranjeros inició el *Proteccionismo económico* que favoreció al interior sin por ello desproteger a los comerciantes porteños, que podían comprar en el país los productos de que antes se surtían en el exterior.

Así se fortaleció la INDUSTRIA ARGENTINA: aparecieron entonces las primeras fábricas que utilizaban máquinas a vapor, se abrieron talleres de tejidos e hilados y se multiplicaron las artesanías. Buenos Aires con más de un centenar de Fábricas y Talleres, se convirtió en un próspero centro industrial, dirigido muchas veces por maestros extranjeros pero que utilizaban obreros y mano de obra criolla." (*Historia 3*, p. 57).

Estas afirmaciones de Drago extreman el ahistórico tránsito al capitalismo industrial descrito por José María Rosa en *Defensa y pérdida de nuestra independencia económica*, en el que se ha claramente inspirado: "La Ley de Aduanas terminaba con el liberalismo económico de 1809... Con esta ley, la

manufactura criolla, moribunda, y la producción de harinas, azúcares, y productos de granja que amenazaba extinguirse, recibieron la saludable reacción imaginable. Volvieron a florecer las industrias del interior y Buenos Aires se llenó de fábricas, algunas de las cuales alcanzaron gran adelanto técnico.

"No obstante, sin llegar a abastecer totalmente el mercado interno, la potencialidad industrial de la Argentina en tiempo de Rosas alcanzó un grado notable gracias a la política de su Ley de Aduana" y agrega que Buenos Aires es un "gran taller industrial".

Enrique Barba polemizando con José María Rosa desde los textos secundarios, es una muestra de cómo los autores de manuales reciben ciertas repercusiones de la controversia entre los historiadores. "Desarrollo económico", "proteccionismo industrial", "industria nacional", son valores indiscutidos en las décadas del 60 y 70. Por eso, incluso los críticos de Rosas en estas obras están obligados a cuestionar la eficacia de la ley en el cumplimiento de estos principios.

En los manuales de aparición reciente (A-Z Serie de Plata y Santillana) el tratamiento de lo económico sufre una variación. Por una parte, la consideración de la economía gana espacio, y, por otra, disminuye la preocupación por la política económica.

El libro de Bustinza repite los conceptos que Lladó, a su vez, había repetido de Bustinza. En lo referido a la Ley de Aduana, el único agregado es que dice que "regulaba la entrada de determinados productos, pudiendo prohibir la introducción de algunos de ellos, como sucedió con los herrajes, frenos, espuelas, maíz, porotos, etc., de acuerdo con las necesidades del mercado interno." (p. 4). Esta cuestión es tratada junto con la fundación de la Casa de Moneda bajo el título de "*Dos efectivas medidas económicas*". Las novedades se encuentran en otros aspectos de la economía que ahora aparecen tratados: "*Los privilegios de la ciudad-puerto*", "*La creciente prosperidad de los comerciantes ingleses*", "*El saladero: una industria en expansión*", "*La tierra: una inversión rentable*" (donde se cita a una historiadora contemporánea, Hilda Sabato).

El manual de Santillana, carente de un legado editorial como en el caso anterior, se muestra más desprejuiciado con el proteccionismo rosista. Se ocupa de la ley en cuestión en una cronología que resume los principales acontecimientos de la época, donde con parquedad dice que "El objetivo de esta ley era incrementar la producción local y de las otras provincias, de los bienes de la agricultura y la industria" (p. 35). En el cuerpo del texto, liquida el problema con pocas palabras: "Bajo el gobierno de Rosas se intentó proteger en el mercado las producciones artesanales locales a través de la ley de Aduanas de 1835; pero esta ley sólo atenuaba el libre cambio originario y fue dejada de lado en 1841..."

Por Buenos Aires, al ser la ciudad puerto, embarcaban y desembarcaban las mercaderías que luego se distribuían por todo el país...El monopolio aduanero reforzaba el centralismo y despertaba hondas resistencias en el resto de



las provincias. Sin embargo, la Argentina logró bajo Rosas importantes progresos económicos que le permitieron ubicarse ventajosamente en el mercado internacional." (p. 36).

Y es a estos progresos a los que se aboca en toda la página siguiente bajo los títulos de *"Ventajas y desventajas de la paz rosista"* y *"Buenos Aires, los dulces frutos de la ganadería"*.

Esta pérdida de virulencia en la consideración de la política económica de Rosas obliga a preguntarse en qué campo se ha dirimido la controversia. ¿En el historiográfico? ¿Es el triunfo del Dr. Barba, del cual es legatario el libro de A-Z y a quien podrían filiarse las afirmaciones del manual de Santillana? ¿En el político? ¿Puede discutirse hoy con el mismo énfasis si la protección de la ley de Aduanas era efectiva o ineficaz para la creación de una pujante industria nacional? Todo parece sugerir que, en el centro de la vorágine neoliberal en que vivimos, el proteccionismo es olvidado por anacrónico.

### *Un gobierno de orden. El discreto encanto de una mano dura*

Rosas había sido caracterizado como tirano por la historiografía liberal desde el siglo XIX. La reivindicación que de su figura hicieron posteriormente los revisionistas, siempre dejó flotando esa acusación. En sus escritos sobre el Restaurador, éstos justificaron y/o evitaron hacerse cargo de esta condena, ya sea por simple comparación con los crímenes de los liberales, por haber sido Rosas producto de la necesidad (orden vs. anarquía), por haber comprendido el espíritu de las masas movilizadas por la Revolución que lo plebiscitaron o, finalmente, porque los regímenes de liberación anticolonial no podían quedar atados a formas liberales para triunfar efectivamente contra el imperialismo.

De todas estas explicaciones, la preferida en los textos secundarios es la que propone a la dictadura como remedio natural para salir del caos: "impidió la disgregación del territorio, contuvo a la anarquía y habituó a los gobiernos provinciales a aceptar las directivas del gobierno central"; "surgió como consecuencia del desorden" (Ibáñez); "...impidió la anarquía del país al ejercer un gobierno de dominación sobre el resto de las provincias" (Etchart-Douzon); "no hubo, pues, más coacción que la resultante por la necesidad sentida por todos de una mano rígida que gobernara con orden y firmeza" (Fernández Arlaud); "el pueblo agradeció el orden impuesto" (Drago); "Rosas hizo que el país se acostumbrara a respetar el poder de la Nación" (Márquez Garabano).

Este reconocimiento del caos como el mayor de los males y la convicción de que, por lo tanto, cualquier medio es lícito para salir de él, está tan presente en los textos que parecen resultar naturales argumentaciones como las

siguientes: "El gobernador porteño creyó que para constituirse en autoridad nacional debía comenzar por imponerse indiscutiblemente en su propia provincia, *de ahí que la acción de su gobierno se orientara hacia la eliminación de todo vestigio opositor.*" (Bustínza y Grieco y Bavio)

"En lo referente al periodismo, puede afirmarse que los impresos de tendencia unitaria *desaparecieron desde el momento que el Restaurador subió por segunda vez al gobierno.*" (Ibáñez).

"Era un mal reconocido que los jueces ordinarios tardaban excesivamente en expedirse y que en muchos casos dilataban el dictar sentencia por tiempo indefinido... (Por esta razón las primeras medidas de Rosas) *"tendieron a acelerar la resolución de los procesos ordinarios pendientes: intervino personalmente en varios de ellos dictando sentencia definitiva absolutoria o condenatoria"*. (Fernández Arlaud). (Las cursivas son de nosotros)

La eliminación del opositor justificada por la necesidad de imponerse; la casual coincidencia entre el establecimiento de la dictadura y la desaparición de la prensa contraria al régimen; la intervención del gobernador en la justicia con el noble fin de acelerar los trámites. Todos argumentos que brindan explicaciones sobre el pasado desde la lógica del discurso político autoritario.

Los bandos en pugna son caracterizados en una forma esquemática y empobrecedora. Los enemigos del Restaurador son presentados en los textos con la misma falta de matices con que éste los agrupaba bajo la denominación de "unitarios". El único manual que advierte que bajo esta etiqueta se incluía a opositores diversos es el de Santillana. La descripción maniquea a la que los manuales apelan para explicar las luchas por el poder es funcional con algunos de los estereotipos de la cultura política argentina. La confrontación de unitarios teóricos con federales pragmáticos<sup>10</sup>; la exaltación del realismo federal contra el desorden que puede resultar de la acción de quienes -como los unitarios- están enajenados por teorías o ideas extrañas se vincula fácilmente al estilo con el que el poder se refiere a sus enemigos cuando el orden parece amenazado. Inevitablemente, los idealistas en el gobierno no podían otra cosa que sembrar el caos. El realismo de los federales tendría la misión de reimplantar el orden.

"La designación de Rosas fue recibida con *júbilo general*, porque representaba una garantía de *orden y responsabilidad ... todos ansiaban un gobierno de paz y estabilidad.* El nuevo titular parecía garantizar ambas cosas." (Fernández Arlaud *Hist. de las Inst.* Pp. 225-6). "En líneas generales, puede asegurarse que el gobierno de Rosas fue de *orden y progreso*: cesaron los desmanes y al renacer la tranquilidad pública, la vida ciudadana volvió a una *normalidad* que hacía años que no conocía. *Pero también es indudable que el aparato represivo contra los opositores fue haciéndose cada vez más riguroso...*" (Drago, p.56). (Cursivas nuestras) Lo notable no es que este "realismo" esté incluido en los textos revisionistas, sino encontrar estos argumentos en los libros que no comparten esta

visión del pasado. Aún en los más recientemente aparecidos se deslizan conceptos similares: "La noticia de su muerte (la de Quiroga) conmovió al país... Buenos Aires no vaciló en calificar duramente el atentado. El presagio de nuevas violencias parecía aconsejar medidas drásticas y otra vez Rosas apareció como el único capaz de evitar el desorden" ... *"Juan Manuel de Rosas aparecía, por sus antecedentes y prestigio, como el hombre indicado por cuantos creían en la necesidad de un gobierno de fuerza como único medio para contener los desbordes a los que parecía encaminarse el país."* (Bustínza y Grieco y Bavio. Pp. 3-4)

Aún en el manual de Santillana, en el que se comprueba una preocupación mayor por la inclusión de variables sociales en las explicaciones, la apelación al "realismo" no deja de aparecer:

"Hombre sumamente práctico, Rosas *no comprendió*, que después de muchos años de gobierno, *era necesario moderar* las aristas más represivas de su régimen..." (Jáuregui, p. 33) (Todas las cursivas, nuestras).

No es nuestro propósito involucrar a estas dos últimas obras en la defensa de la dictadura, sino mostrar la eficacia de los argumentos revisionistas frente a la falta de una traducción para la escuela media de una historiografía más actualizada y compleja, que brinde explicaciones más matizadas sobre las causas de los hechos históricos.

La oposición a la dictadura de Rosas se ha hecho desde una perspectiva ultraconservadora como la de Astolfi, en donde junto a su condena del "estancamiento político en que sumió al país durante veinte años", incluye en una lista de factores que "contribuyeron a consolidar su poder" al "sufragio universal y directo implantado en Buenos Aires en 1821" gracias al cual "la masa popular, seducida por la propaganda rosista intervino en las elecciones y se impuso por su número a la minoría opositora que, además, dejó de concurrir a los comicios por falta de garantías." (p. 324).

En los libros de Ibáñez, que por su importancia editorial y su permanencia en las bibliotecas escolares han ejercido una influencia masiva en profesores y alumnos, el elogio encubierto a la dictadura es indiscutible. Luego de realizar una caracterización telúrica de Rosas como caudillo, el autor continúa: "Espíritu autoritario, amante del orden y de los gobiernos fuertes, estaba persuadido de que las autonomías provinciales le impedirían controlar el país bajo su mando. En los largos años de su gobierno, *prefirió* no organizar a la República y continuar con un régimen provisional, pues  *juzgaba prematuro* establecer un orden constitucional.

"Con esta actitud *impidió la disgregación del territorio, contuvo la anarquía y habitó* a los gobernadores a aceptar las directivas del gobierno central.

"Persiguió a sus enemigos políticos y los eliminó *con astucia y vigor*, consiguió la adhesión de la masa popular ... que *no entendía a teóricos e ideólogos*

y llevó a la práctica un gobierno limitado a las exigencias del momento.' ' (Historia Argentina, p 354).

En términos generales, podemos decir que la interpretación de Carlos Ibarguren ha triunfado. En su clásico libro de 1930, al preguntarse por qué nace la dictadura, se responde que ella "es siempre consecuencia de la anarquía: si ésta es puramente superficial, aquélla es ocasional; pero si el desconcierto es profundo la dictadura es trascendental". En consecuencia, para el autor, el juicio sobre Rosas no puede desvincularse del proceso histórico: "La historia no puede ser estudiada aislando un momento de otro. El poder omnipotente ejercido por Rosas... fue el resultado necesario de la anarquía producida por la Revolución de Mayo". Luego de describir la virulencia del proceso revolucionario en la campaña bonaerense, continúa: "Rosas interpretó y dirigió como jefe supremo este gran movimiento; por eso su dictadura fue trascendental y durante su larga duración en la que se mantuvo firmemente la unidad nacional y su independencia, pudieron madurar los elementos que forjaron la organización constitucional después de su caída"<sup>11</sup>.

## Conclusiones

Como hemos mostrado, los revisionistas logran incorporar fechas en el calendario escolar como el 20 de noviembre que desde 1974 es consagrado como el Día de la Soberanía. Con excepción del texto de Miretzky, ninguno de los libros analizados desaprueba la acción rosista. De todas maneras, antes de esa fecha hemos visto cómo el tema se fue imponiendo hasta ser exaltado<sup>12</sup>.

En relación a la misma cuestión, también pudieron instalar la justificación de Rosas por San Martín, tal cual empezaron a hacerlo los primeros revisionistas de los años 30.

La controversia se encuentra en los textos en lo referido a los temas económicos, y en especial a la ley de aduanas de 1835 con sus proyecciones proteccionistas. En este aspecto, que no es el que ocupa más espacio en los libros, la polémica parece resumirse en la toma de partido por las opiniones de José María Rosa o de Enrique M. Barba. Es conveniente remarcar, entonces, que la confrontación con los partidarios de Rosas se realiza desde posiciones moderadas, que se contentan con marcar los límites de los supuestos intereses nacionales del Restaurador. La pérdida de vigencia de la disputa en los últimos textos publicados parece exceder el marco historiográfico y explicarse por el actual cuestionamiento del papel del Estado y de sus políticas en la marcha de la economía, haciendo desaparecer el consenso sobre los beneficios del proteccionismo para el desarrollo industrial.

La justificación de la dictadura como única alternativa para salir del caos, es un tema del revisionismo que está presente en los manuales. Aún en los libros de autores no rosistas, la inevitabilidad de un gobierno de fuerza asume la categoría de explicación histórica.

Demuestra la existencia de estos elementos revisionistas, cabría preguntarse cuáles son las razones por las que este fenómeno no había sido percibido. Su presencia, ¿cambiaba en algo la propuesta para la enseñanza?

La inclusión de dos de los temas centrales relacionados con la reivindicación de Juan Manuel de Rosas -defensa de la soberanía y restauración del orden- se integra sin obstáculos en la misma exaltación de valores de la llamada historia oficial. Patria, autoridad, orden y jerarquía son algunos de los conceptos promovidos indistintamente desde las páginas de estos textos, importando poco -las más de las veces- la filiación de sus autores. Los revisionistas no podían resultar excluidos de un discurso pedagógico que se entramaba naturalmente con el discurso del poder<sup>13</sup>. Cuando nos aventuramos en la lectura de los textos escolares argentinos, nos encontramos con un elogio de expresiones autoritarias de convivencia que no sólo está referido a la defensa explícita de la dictadura como forma de gobierno. A través del discurso aparentemente ingenuo, incoherente y dirigido de una historia trivial se comunican contenidos que, más allá de su pobreza epistemológica, transmiten y refuerzan la ideología conservadora del "sentido común", integrándose en el lenguaje cotidiano de la política.

La Historia como disciplina resulta diluida al tomar como eternas ciertas categorías que fueron construidas históricamente. Así tendríamos una República Argentina, sujeto abstracto de existencia intemporal, a cuya defensa se acude en cualquier época y en cualquier forma. La Nación aparece en estas obras como un "ente natural", previo al Estado y existente desde el comienzo de los tiempos, tal cual la definía Herder. Sólo así resulta aceptable la inclusión en la misma serie de la acción de Rosas en 1845, las de 1806 y 1807 -en las postrimerías del orden colonial- y las de 1982 -durante la última dictadura militar-.

En relación a la justificación de Rosas por San Martín, el éxito de los revisionistas consistió en poner a los liberales -quienes habían organizado un panteón en el que el Libertador era la figura principal y del cual el Restaurador quedaba excluido- en el brete de aceptar su propio argumento o de tener que explicar la conducta de San Martín al legarle el sable. Los liberales habían caído en su propia trampa: San Martín salvaba a Rosas de la ignominia.

Este debate de los años 30 se trasladó a los textos en esos mismos términos aunque con el predominio del argumento revisionista. Lo que inclina la balanza a favor de éstos es la aceptación de un criterio de verdad: el principio de autoridad. Esta instalación de la opinión del Santo de la Espada como verdad absoluta, de su autoridad indiscutible para establecer como verdadero un criterio, es especialmente funcional con el discurso pedagógico y, por lo tanto, recogido con entusiasmo por los manuales. La herencia del liberalismo conservador confluye con el nacionalismo revisionista y se precipita sobre el ámbito escolar, para reforzar su escasa tendencia a discutir racionalmente.

La aceptación del autoritarismo que los revisionistas hacen al defender

en bloque al gobierno de Rosas no queda marginada en una sociedad como la nuestra, que tiene como prioridad el orden. La justificación de la dictadura como única alternativa para salir del caos es un tema que la educación argentina absorbe. Es curiosa la similitud de estas explicaciones con las de los liberales antidemocráticos franceses, para quienes -dice Bobbio- "...el cesarismo no era más que la natural y terrible consecuencia del desorden provocada por la llegada de la república de los demagogos"<sup>14</sup>. La lógica de este discurso político conservador resuena en muchas frases que están en los manuales y que reconocemos en las argumentaciones políticas cotidianas. ¿Quién no ha escuchado afirmaciones tales como "Sacar al país del estancamiento general de las últimas décadas" (Miretzky, P. 58) o (La oposición) "se reducía a un núcleo minoritario que inútilmente había tratado de imponerse" (Fernández Arlaud, p. 226) o "Buenos Aires no vaciló en calificar duramente el atentado" o "Magistrados, miembros del clero, funcionarios civiles y militares que no merecían la confianza del régimen fueron destituidos" (Bustanza y Grieco y Bavio. Pp. 3 y 4).

Todos estos ejemplos que nos muestran mezcladas las mismas características en autores revisionistas y no-revisionistas, exhiben discursos complementarios y apenas antagónicos en algunos aspectos. Los rasgos de una educación dogmática, acrítica, acientífica parecen comprobarse una vez más<sup>15</sup>. Si Rosas había sido uno de los temas más discutidos de la historia argentina, esto no se refleja en los manuales escolares donde la perspectiva del autor como única posible y valedera es predominante<sup>16</sup>. La presencia de manuales revisionistas como el del atrabiliario Ocón (una rareza editorial) o del moderado Fernández Arlaud (más difundido, especialmente en colegios religiosos) o el de Drago (extraordinariamente exitoso), no han perturbado los contenidos ni las modalidades de la enseñanza de la historia sino que se han integrado a la tradición existente. Y en este encuentro fraterno, parecen resonar aún las palabras que Astolfi pronunciara hace más de medio siglo: "Mística, del griego *mystis*, es el reconocimiento de la limitación humana para resolver el Misterio... La mística de la enseñanza se conjuga con la mística del nacionalismo, sentimiento que no es nuevo ni exótico entre nosotros... Esta mística del nacionalismo debe encenderse en la escuela."<sup>17</sup>.

## Notas

<sup>1</sup> Encuesta "¿Se enseña en la Argentina la historia real del país?", en *Revista Crisis*, año 1- N° 8, diciembre de 1973; pp. 3-17.

<sup>2</sup> Ver, por ejemplo, Míguez, E. J., "Reflexiones sobre la enseñanza de la Historia y el uso de fuentes en la escuela media en Argentina", en *Propuesta educativa* N° 7, octubre de 1992, p. 16.

<sup>3</sup> Frigerio, Graciela (1991) *Curriculum presente. Ciencia ausente*. Bs. As., Miño y Dávila, P. 19. Acerca de la falta de modificaciones significativas de los programas en el tema que nos ocupa, puede constatarese la afirmación en Finocchío, Silvia "Una reflexión para historiadores. ¿Qué llega de nuestra producción a la escuela media?", en *Entrepasados* N° 1, 1991. Allí se transcriben las unidades dedicadas al estudio de Rosas y su época en los planes de 1910 y de 1949, haciéndose referencia también a la última reforma de 1978.

<sup>4</sup> Bourdieu, P. "Sistemas de enseñanza y sistemas de pensamiento", en Gimeno Sacristán, J y Pérez Gómez, A. (1989) *La enseñanza: su teoría y su práctica*. Madrid, Akal.

<sup>5</sup> Un análisis de los temas del revisionismo puede hallarse en Amézola, Gonzalo de; Barletta, Ana María; Béjar, María Dolores y Bozza, Juan Alberto. *Informe colectivo de investigación*. Secretaría de Ciencia y Técnica, U.N.L.P., 1989.

<sup>6</sup> Cfr. *Informe colectivo de investigación* ya citado.

<sup>7</sup> Ver nuestro trabajo "Repatriación: modelo para armar", en *Mitos, altares y fantasmas. Estudios e investigaciones* N° 12. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. U.N.L.P., 1992.).

<sup>8</sup> Barba, Enrique M. en Academia Nacional de la Historia. *Historia de la Nación Argentina*. Volumen VII (Rosas y su época). Sección segunda. Buenos Aires, El Ateneo, 1962, p.112. Es de notar que el párrafo de Barba en que se basan estas afirmaciones es justamente el mismo que citan Cuccorese y Panettieri en su difundido manual, pudiendo suponerse que tal vez éste haya sido el libro consultado por Lladó y Bustinza. (Ver:

Cuccorese, J. y Panettieri, J. *Argentina. Manual de Historia Económica y Social*. Buenos Aires, Ediciones Macchi, 1971, P. 338).

<sup>9</sup> Rosa, José María. *Defensa y pérdida de nuestra independencia económica*. Buenos Aires, Peña Lillo, 1986; pp. 103 y 108.

<sup>10</sup> La distinción "país ideal - país real" forma parte de la retórica clásica de los revisionistas del 30. Entre ellos, Manuel Gálvez dice: "*El federalismo representa entre nosotros el sentido de la realidad, la política vital, la adaptación del gobierno a nuestra idiosincracia. El unitarismo representa lo ficticio, lo doctrinario. Los mismos fieles de la unidad advierten que el pueblo y los pueblos quieren el federalismo*", en *Vida de Juan Manuel de Rosas*. 5ª edición. Buenos Aires, Tor, 1948; p.55.

<sup>11</sup> Ibarguren, Carlos. *Juan Manuel de Rosas. Su vida, su drama, su tiempo*. 16ª edición. Buenos Aires, Theoría, 1972; pp. 212-13.

<sup>12</sup> En relación a este incremento de la preocupación por la soberanía argentina en los manuales, el libro de Carlos Escudé, *Patología del nacionalismo*. Bs. As., Instituto Di Tella, Editorial Tesis, 1987, rastrea el fenómeno de la soberanía territorial en los manuales de geografía y descubre que es a partir de la década del 40 que el tema cobra espacio y énfasis en estos textos.

<sup>13</sup> Al decir 'discurso del poder' queremos deliberadamente evitar hablar de 'discurso político' - aunque en muchos sentidos nos acerquemos a consideraciones análogas- para evitar las observaciones que hace Eliseo Verón del uso abusivo de esta categoría. Al respecto dice Verón que "Las 'funciones' del discurso político son múltiples, cosas que con frecuencia se olvida... El discurso político es un discurso de *refuerzo* respecto del prodestinatario, de *polémica* respecto del contradestinatario y de *persuasión* sólo en lo que concierne al paradestinatario. En la economía discursiva de los intercambios políticos las tres funciones son igualmente importantes". Verón, Eliseo. "La palabra adversativa", en Verón, E. y otros (1987). *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Buenos Aires, Hachette; p 18.

<sup>14</sup> Bobbio, Norberto (1989). *Liberalismo y democracia*. México, Fondo de Cultura Económica; p. 57.

<sup>15</sup> Sobre la historiografía de los libros de texto, dice M. Riekenberg que "parece no guiarse por los conocimientos científicos sino más bien por factores e intereses extracientíficos basados en la necesidad política de formar una tradición nacional y de brindarle legitimación." Riekenberg, Michael. "Caudillos y caudillismo. La presentación del tema en los libros escolares latinoamericanos de historia", en Riekenberg, M. (comp.) (1991) *Latinoamérica: Enseñanza de la historia, libros de*

*texto y conciencia histórica*. Bs. As., Alianza Editorial/ FLACSO/Georg Eckert Instituts.

<sup>16</sup> El único autor que menciona la existencia de polémicas entre partidarios de la escuela tradicional y la revisionista es Ibáñez en la página 373 de su *Historia Argentina* y en la introducción de su *Historia de las Instituciones*.

<sup>17</sup> Astolfi, José C. "Los maestros y el nacionalismo", en *El Monitor*, junio de 1940. Citado por Escudé, Carlos (1990). *El fracaso del proyecto argentino. Educación e ideología*. Bs. As., Instituto DI Tella/ Editorial Tesis; p. 119).

## Manuales analizados

Ariola, Francisco. *Historia de la Cultura Argentina. (Primera Parte). Instituciones políticas, sociales y económicas*. 11ª edición (1ª: 1955). Bs. As., Ed. Stella, 1963. (1er. año del Magisterio).

Astolfi, José Carlos. *Curso de Historia Argentina*. 10ª edición. (1ª: 1949) Bs. As., Kapelusz, 1960.

Bustínza, Juan A. *Historia 5 - Instituciones políticas y sociales de Argentina y América*. 1ª edición 1971 - 3ª tirada de la primera edición: 1972 Bs. As., Kapelusz, 1971.

Bustínza, Juan Antonio y Grieco y Bavio, Alicia. *Historia 3. Los tiempos contemporáneos. Argentina y el mundo*. Bs. As., A-Z. Serie de Plata, 1991. (Sin fecha de 1ª edición).

Cosmelli Ibáñez, José. *Historia Argentina*. 22ª edición. (1ª: marzo de 1961) Bs. As., Troquel, 1977.

----- *Historia de las Instituciones políticas y sociales argentinas (desde 1810)*. 9ª edición (1ª: 1962). Bs. As., Troquel, 1968. .

Drago, Alfredo L. *Historia 3*. 2ª edición revisada y corregida. (1ª: 1981). Bs. As., Ed. Stella, 1991.

Etchart, Martha B. y Douzon, Martha C. *His-*

*ria Argentina*. 30ª edición. Tirada: 5.000 ejemplares. Bs. As., Cesarini Hnos., 1977.

Fernández Arlaud, S. *Historia institucional argentina y americana. Segunda parte: desde 1810*. 1ª edición. Bs. As., Stella, 1969.

----- *Historia 3. La argentina y el mundo contemporáneo*. 1ª edición. Bs. As., Stella, 1982.

Jáuregui, A.; González, A.; Fradkin, R. y Jáuregui, S. (coord.). *Historia 3*. Bs. As., Ed. Santillana, 1990.

Lladó, Juan B.; Grieco y Bavio, Alicia; Lugones-Sessarego, Alejandra y Rossi, Patricia. *La edad contemporánea. La Argentina desde 1831 a 1982*. 8ª edición. (1ª edición: 1983). Bs. As., A-Z, 1991. Selección de contenidos, fuentes y cartografía: Equipo didáctico A-Z.

----- *Historia. La Edad Moderna. El surgimiento de la Edad Contemporánea. La Argentina hasta 1831*. 2ª edición. (1ª edición: 1982). Bs. As., A-Z, 1985. Selección de contenidos, fuentes y cartografía: Equipo didáctico A-Z.

Márquez Garabano, Luis D. *Historia de las instituciones políticas y sociales argentinas*. 7ª edición. Bs. As., Librería del Colegio, 1961.



Miretzky, María L. de; Mur, Elvira S. de; Ribas, Gabriel y Royo Susana N. *Historia 3. La Nación Argentina*. 1ª edición. Texto y actividades. Bs. As., Kapelusz, 1971.

Miretzky, M. L. de; Royo, S. N. y Saluzzi, Elvira M. L. *Historia 3. La organización y el desarrollo de la Nación Argentina*. 2ª edición: 45.000 ejemplares. Bs. As., Kapelusz, 1982.

Ocón, Jorge A. *Historia Argentina*. 1ª edición: 7.000 ejemplares. Bs. As., Ed. Collseo, 1974. Colaboraron: Aragón Mozo, Rafael; Cobelli, María

de Jesús; Cremades, Jorge J.; García, Ricardo Alejandro; Guglielmin, Humberto; Heck, Juan Carlos; Moschen, Juan Carlos; Ripoli, María Susana; Sita, Norma; Soya, Ana María y Zallocco, Carlos E.

Ortega, E. C. *Historia de la República Argentina*. 1ª edición. Bs. As., Kapelusz, 1970.

Turrens, Juan F. *Curso de Historia Argentina*. 3ª edición de 4.000 ejemplares. (1ª de 4.000 ejemplares. 2ª: 1970) Bs. As., Huemul, 1975. (3ª edición de 4.000 ejemplares- 1ª: 1966, 2ª: 1970).